

Prólogo a *La razón de mi vida*, María Eva Duarte de Perón, Buenos Aires, Agebe, 2015.

## Si Evita viviera...

Graciela Morgade

¿Escribió Eva Perón *La razón de mi vida*? ¿Resulta este libro una escritura de Eva intervenida por otro u otros?

¿Escribieron por ella y para ella?

¿*La razón de mi vida* representa a Evita? ¿La “representa” en la actualidad?

Anticipo que la cuestión de la autoría no me parece relevante en sí, ya que el libro fue clave sin duda en condensar, de alguna manera, el legado de Evita, y nutrió por décadas tanto a la militancia y la resistencia peronista como a la academia que estudió en profundidad la vida y la obra de Eva Duarte.

La consigna “Si Evita viviera sería montonera” ha sido retomada con frecuencia en graffitis o, más recientemente, en formas virtuales de expresión -con otras formas de apropiación-, algunxs han dicho “sería kirchnerista”. Mucho más recientemente pudimos leer “sería linuxera” (militaría por el software libre), “sería tortillera” (e integraría activamente un grupo lgbt)... Y también, en un blog militante, encontramos “sería performer... y estaría divorciada de ese hombre opresor heteropatriarcal”.

Creo que “si Evita viviera, sería militante feminista”. Propongo entender a este libro como un texto que expresó lo “decible” en el momento de su publicación: si bien pinta una parte de lo que Evita era, la imagen que prevalece no representa cabalmente la práctica política de Eva mujer. Aunque *La razón de mi vida* parece negarlo en algunos de sus pasajes, a su manera y a su tiempo, Evita fue una militante feminista y su práctica política abrió caminos que las mujeres nunca habían transitado antes.

## SER MUJER HACIA 1940

Eva Duarte era una actriz popular. En el sentido común de la época era sinónimo de ser “de vida fácil”, “ligera”; es decir, “prostituta” y, por lo tanto, despreciable y despreciada.

Nacida en 1919, Eva comparte el destino de las mujeres de las primeras décadas del siglo XX que, en todos los sectores sociales y con pocos matices de clase, era el casamiento. Todas enfrentaban además un clima muy poco favorable al trabajo femenino remunerado.

Las chicas de familias humildes no tenían muchas más oportunidades que las de trabajar en talleres de costura o en fábricas, en condiciones pésimas igual que las de los compañeros varones, a lo que se sumaba peores salarios, el acoso de jefes y patrones y la ausencia absoluta de protección del embarazo y la crianza. Ser “artista” bien valía, con frecuencia, alguna mirada de sospecha en la calle.

Por su parte, muchas chicas que pertenecían a las clases en ascenso, hijas de familias de comerciantes o de dueños de pequeñas fábricas, querían ser actrices también, pero eran redireccionadas hacia la docencia, que se feminiza rápidamente desde fines del siglo XIX. Porque no solo a las familias les interesaba colocar a sus niñas en la Escuela Normal. La altísima presencia de mujeres en el magisterio se vinculó también con la política educativa de un estado que necesitaba reclutar docentes de manera intensiva y barata. Así, el magisterio era un trabajo apropiado para las mujeres y plagado de contradicciones. Estaba mal remunerado pero les permitía tener algún dinero propio; reforzaba los significados más concentrados de “lo femenino” ya que para la época se empezaba a buscar un trato a la infancia con menos violencia y más contención, y entonces las mujeres podían desplegar las habilidades “naturalmente” maternas, de paciencia y afectividad en las que quedaban cristalizadas; se desarrollaba en un espacio físico y simbólico restringido, pero a la vez protegido de las amenazas del mundo público y con cierto reconocimiento social de grandes

sectores analfabetos de la población. Un muy buen proyecto, en esa época, para las niñas de los sectores más acomodados.

Viniendo de un hogar muy humilde, ser actriz, actuar en radio, significó para Eva Duarte tener un trabajo que no solamente le permitiría disfrutar la posibilidad de expresarse y sostenerse. También, de alguna manera, era un pasaporte para salir de su pueblo y abrirse a un mundo duro y hostil pero definitivamente más interesante. Eva se transforma en una mujer que busca otros horizontes que le permiten además conocer al líder en ascenso que ya admiraba.

Eva Peron no tenía hijxs. Tal vez perdió un embarazo en 1945 y nunca volvió a quedar embarazada, tal vez Perón era estéril y ese embarazo no existió, tal vez el frenesí de la actividad política hacía demasiado espaciados los encuentros sexuales de Perón y su mujer. El caso es que en la época, una mujer sin hijxs era vista, de alguna manera, como incompleta; aún cuando existiese un impedimento documentable. El proyecto impuesto para las mujeres de “casamiento como destino”, es decir, de dependencia económica y emocional de un hombre, se complementaba con la maternidad, también como destino. Es más, el sentido último de la vida femenina estaba mucho más definido por su carácter de “madre” que por su carácter de “esposa”, aunque lo segundo fuese de alguna manera condición de lo primero.

No solamente Evita no tenía hijxs biológicxs, sin que -al menos en sus escritos- no lamentaba no tenerlxs. La mirada desde hoy puede tentarnos a pensar que era muy joven y que podría haberlxs tenido algo más tarde; pero sería una grave distorsión histórica y cultural. A los 30 años una mujer tenía que haber sido madre y, además, la prole debía de contarse con varios dedos.

Peor aún, Evita concebía y proclamaba muchas otras formas de “amor” que parecían configurar su plenitud. Y aunque alguna vez se haya referido a “los humildes” o “los trabajadores” como “sus hijos”, es evidente que el proyecto “hijos” no formaba parte central de su universo simbólico y, menos, de su proyecto de trascendencia. Una y otra vez Evita colocaría como “razón” de su vida el proyecto de justicia, libertad y soberanía del peronismo y a su lugar junto a Perón en ese proyecto.

Eva Perón tenía y ejercía el poder. Pero el poder institucionalizado era, y aún es, fuertemente connotado con un contenido “masculino” que, en el sistema sexo género hegemónico se inscribe en el orden arcaico de los patriarcas y, más cerca en la historia, de los líderes religiosos, los reyes, los señores feudales, los jefes militares. Una mujer en un cargo de poder sería una rareza notable. Y sería, sobre todo y en primer lugar, una “mujer”.

Esto sucedía en tiempos de Evita mucho más que en la actualidad, pero aún hoy tiene ecos impactantes. No puedo no pensar en la compañera Cristina Fernández de Kirchner, quien fue representada con imágenes eróticas agraviantes una y otra vez en revistas vendidas en kioscos, quien además fue llamada “la yegua”, analizada a la distancia desde una mirada médica y escudriñada con un discurso psicológico banal e interesado.

El proyecto de Evita para las mujeres obviamente se inscribía en un proyecto político más amplio. Un proyecto de lo que hoy llamaríamos “ampliación de ciudadanía” con un propósito democratizador en el que “el derecho” no era solamente una reivindicación liberal. Su claro centro en los sectores populares, su integración a otras normas en que se discutía el matrimonio o el status de los hijos “ilegítimos” en la Constitución de 1949 y su inscripción en el proyecto de dignificación del trabajo de mujeres y de varones hace pensar que la lucha femenina que Evita condensa impulsando el sufragio de las mujeres es mucho más que saldar una deuda en el campo del derecho político.

Si Evita no convoca a las mujeres trabajadoras como formalismo moderno, ni como dulcificadoras de las relaciones de poder, ni como murallas de contención frente a la corrupción -imágenes difundidas con frecuencia o evocadas a fundamentar la presencia femenina en los diferentes ámbitos-, es porque las convoca como sujetos políticos de la construcción del país.

Incluso, en su clara reivindicación de las mujeres trabajadoras, llegó a dejar descolocado al feminismo de la época. Un feminismo que ni en sus vertientes socialistas ni en sus vertientes anarquistas terminó de comprender el sentido del proyecto peronista.

No es mi intención hacer una historia del peronismo, ni siquiera especular respecto de los

efectos de la muerte de Evita en el derrotero del proyecto que terminó con el golpe del 55. Me interesa sí evocar, con algunas pinceladas, la enorme construcción de poder que Evita protagonizó.

Es por este motivo que fue criticada sin piedad por haber demostrado interés por construir poder y ejercerlo de forma eficaz.

## UNA MUJER INSOPORTABLE

*La razón de mi vida* habla de la injusticia que rebela y de la “revolución” que hará posible que termine la injusticia. Habla de las condiciones de trabajo que el pueblo merece y habla del capitalismo internacional que haría lo imposible para mantener al pueblo sojuzgado y a la nación, dependiente.

En el texto se critica abiertamente a los salones de la oligarquía y se distingue a la perfección que en esos lugares la “Evita” del pueblo debe actuar el papel de “Eva Perón”. Se habla de obreros y sindicatos, de explotación y comunismo, de forma de comunicación con el pueblo y de la conformación del movimiento peronista.

Y no solamente se habla de economía y de política. También se desarrolla un pensamiento ético pragmático de sofisticada agudeza. Se distingue entre la claridad y la justicia y entre el resentimiento originado en el odio y el “resentimiento social” emanado del dolor del pueblo; se exalta el cuidado estético aun en los detalles más pequeños de las obras sociales y se perfila una ética del trabajo con las bases que diferencia claramente lo popular de lo chabacano y exige calidad para todos.

El libro también habla de pasiones. El trabajo incesante, el dolor por la injusticia que conmueve, la alegría del agradecimiento... Pero, sobre todo, el amor de Evita por Perón, que se confunde con el amor por la causa de Perón; es decir, la causa del pueblo.

Finalmente, este texto, una suerte de discurso amoroso, descriptivo y conceptual sobre el poder, firmado por una mujer, en la tercera parte habla explícitamente de la centralidad de las mujeres en el proyecto peronista. El lugar que les otorga es el de la dignificación de la clase trabajadora y de inclusión en los derechos políticos y sociales en tanto ciudadanas y trabajadoras.

¿Cuál es “la mujer” que representa a Eva en el libro? ¿Son estas mujeres de la tercera parte? ¿Es la mujer amante que firma como autora?

Creo que leer *La razón de mi vida* implica sumergirse en un lenguaje de época, con imágenes y giros lingüísticos que desde hoy suenan algo excesivos y afirmaciones a veces discutibles. Implica, además, entrar en diálogo con una mujer que, también como producto de su época, parece hacer de la admiración por su marido el centro de su vida, lo que puede llegar a poner incómodo a más de uno en la actualidad...

Pero quedarse con esa lectura sería hacer el juego a los mismos que solo vieron a Eva como una ambiciosa resentida y una fanática operadora.

Otros, tal vez mucho más sagaces, vieron que Eva era una mujer que desafiaba los hilos más tenues del capitalismo y del patriarcado, con una posición y una mirada que tal vez podríamos conceptualizar como del “feminismo de la diferencia”. Eva era una mujer a la que había que combatir sistemáticamente, porque un amor que desbordaba ampliamente los límites de la relación conyugal resultaba peligroso.

Leamos este libro como la obra de una mujer que usó todos los medios que tuvo a su alcance, e inventó otros más, para contribuir a un proyecto de “amor e igualdad”.

La obra de una mujer “insoportable”.